aquel gran gefe (1) que ya no existe, y cuya soberbia cabaña he visitado. Yo, hijo mio, solo vivo ya por la memoria; un viejo con sus recuerdos se asemeja á la encina decrépita de nuestros bosques, que ya no se adorna con su propio follaje, sino que encubre algunas veces su desnudez con las plantas extrañas que han vejetado sobre sus antiguas ramas.»

Calmado por estas dulces palabras, el hermano de Amelia reanudó en estos términos el hilo de la historia de su corazon.

«¡Ah, padre mio! No puedo hablarte de ese gran siglo, cuyo fin he visto en mi niñez, y de que ningun recuerdo se conservaba ya cuando regresé á mi patria. Nunca se ha verificado en pueblo alguno un cambio mas sorprendente y repentino. De la elevacion del genio, del respeto á la Religion y de la gravedad de las costumbres, habíase descendido súbitamente á la frivolidad, la impiedad y la corrupcion.

»En vano, pues, habíame prometido encontrar en mi país algo que calmase esta inquietud, este ardor de deseos que por donde quiera me persiguia. El estudio del mundo nada me habia enseñado, y no obstante, no abrigaba la tranquilidad de la ignorancia.

»Mi hermana, por su parte, merced á una conducta inexplicable, parecia complacerse en aumentar mi tedio, pues se habia ausentado de Paris algunos dias antes de mi llegada. Escríbile anunciándole que me proponia ir á reunirme á ella, pero se apresuró á contestarme disuadiéndome de mi propósito, so pretesto de que estaba incierta acerca del lugar á donde la llamarian sus negocios. ¡Cuán tristes reflexiones hice entonces acerca de la amistad, que la presencia entibia, que la ausencia borra, que no resiste á la adversidad, y menos aun á la próspera fortuna!

»Así pues, no tardé en hallarme mas aislado en mi patria que en los paises extranjeros. Quise arrojarme durante algun tiempo á un mundo que nada me decia y no me comprendia. Mi alma, no gastada por pasion alguna, buscaba un objeto que la atrajese á sí; pero eché de ver que daba mas de lo que recibia. No se me exigia un lenguaje elevado ni un sentimiento profundo; ni yo me ocupaba de otra cosa que de rebajar, por decirlo así, mi vida para ponerla al nivel de la sociedad. Tratado por todos de espíritu novelesco, avergonzado del papel que representaba, y cada vez mas disgustado de los hombres y de las cosas, tomé el partido de retirarme á un arrabal, para vivir enteramente ignorado.

»Al principio hallé bastante placer en aquella existencia oscura é independiente, y como de todos era desconocido, me confundia con la multitud, vasto desierto de hombres.

»Muchas veces, sentado en una iglesia poco frecuentada, pasaba en meditacion horas enteras. Allí veia llegar mujeres desvalidas que se arrodillaban en presencia del Altísimo, ó á los pecadores que se postraban en el tribunal de la penitencia. Nadie salia de aquel lugar sin rostro mas tranquilo, y los sordos clamores que en lo exterior se oian, se asemejaban á las olas de la pasiones y de las tempestades del mundo, que iban á estrellarse al pié del templo del Señor. ¡Gran Dios! Tú, que viste correr en secreto mis lágrimas en aquellos sagrados retiros, tú sabes cuantas veces me arrojé á tus piés para suplicarte me descargases del peso de la existencia, ó mudases en mí el hombre antiguo! ¿Quién no ha sentido alguna vez la necesidad de rejuvenecerse en las aguas del torrente, de regenerar su alma en la fuente de vida? ¿Quién no se siente alguna vez abrumado bajo el peso de su propia corrupcion, é incapaz de dar cima á nada grande, noble y justo?

Al acercarse la noche, tomaba el camino de mi albergue y me detenia en los puentes para ver ponerse el sol, que inflamando los vapores de la ciudad, parecia oscilar lentamente en medio de un fluido de oro, como la péndola del reloj de los siglos. Retirábame luego al cerrar la noche, al través de un laberinto de calles solitarias, y al mirar las luces que brillaban en las moradas de los hombres, me trasladaba con la fantasia á las escenas de dolor y de alegría que alumbraban, y me asaltaba la idea de que debajo de tantos techos habitados no tenia un solo amigo. En medio de mis reflexiones sonaban la horas con acompasados golpes en la torre de la catedral gótica, y se repetian en todos los tonos y á todas las distancias, de iglesia en iglesia. ¡Ah! Cada hora en la sociedad abre un sepulcro y hace derramar lágrimas.

»Este género de vida, que al principio me habia embelesado, no tardó en hacérseme insoportable, pues me hastié de la repeticion de unas mismas escenas y de unas mismas ideas. Dediquéme, pues, á sondear mi corazon, y á preguntarme qué deseaba. Yo no lo sabia, pero cediendo á un súbito impulso, me dí á creer que los bosques me serian deliciosos; y héme aquí resuelto á terminar en un destierro campestre una carrera apenas empezada, y en la cual, no obstante, habia devorado siglos enteros.

»Abracé este proyecto con la vehemencia que caracteriza todos mis proyectos; y partí presuroso para sepultarme en una cabaña, como habia partido en otro tiempo para dar la vuelta al mundo.

»Acúsanme de que abrigo inclinaciones inconstantes, de que no puedo disfrutar mucho tiempo de la misma quimera, de ser juguete de una imaginacion que se apresura á llegar al fondo de mis placeres, como si temiese su duracion; censúraseme de que estralimito siempre el objeto á que consigo llegar; ¡ah! yo busco únicamente un bien cuyo instinto me persigue tenaz. ¿Es culpa mia el hallar en todas partes estrechos límites, y que todo lo finito sea para mí de ningun valor? No obstante, conozco que amo la monotonía de sentimientos; y si tuviese aun la locura de creer posible la felicidad, la buscaria en la costumbre.

»La soledad absoluta y el espectáculo de la naturaleza me abismaron en breve en un estado indefinible. Sin parientes y sin amigos en la tierra, y no habiendo amado aun, me sentia abrumado de una superabundancia de vida. Algunas veces me ruborizaba súbitamente, y sentia correr por mi corazon arroyos de ardiente lava; otras, prorumpia en gritos involuntarios, y turbaba la noche con mis sueños y mis insomnios. Faltábame un ser que llenase el abismo de mi existencia: bajaba á los valles, subia á las montañas, y llamando con toda la fuerza de mis deseos al objeto ideal de un amor futuro, lo abrazaba en los vientos, creia escucharlo en el murmullo de las aguas; todo era para mí ese imaginario fantasma: los astros en los cielos, y el principio mismo de la vida en el universo.

»Y sin embargo, este estado de calma y agitacion, de indigencia y riqueza, no carecia de encantos: entreteníame un dia en deshojar una rama de sauce á la márgen de un arroyo, y procuraba aplicar una idea á cada hoja que la corriente arrastraba. Un monarca que teme perder su corona en una súbita revolucion, no experimenta ansias mas vivas que las mias, á cada accidente que amenazaba los frágiles despojos de mi rama. ¡Oh debilidad de los mortales! ¡Oh niñez del corazon humano, que nunca envejece! A tal grado de puerilidad puede descender nuestra soberbia razon, que muchos hombres cifran sus destinos en cosas de tan escasa valía como mis hojas de sauce.

»¿Cómo, empero, expresar esa multitud de sensaciones fugitivas que experimentaba en mis paseos? El rumor de las pasiones en el vacío de un corazon solitario, aseméjase al murmullo de los vientos y las aguas en el silencio de un desierto: gózase de él, mas no es posible pintarlo.

»El otoño me sorprendió en medio de estas incertidumbres, y entré con íntimo regocijo en el mes de las tempestades. Ya hubiera querido ser uno de esos guerreros que vagaban en medio de los vientos, las nubes y las fantasmas; ya envidiaba la oscura suerte del pastor, á quien veia calentar sus manos al humilde fuego de las malezas que habia encendido en el bosque, y escuchaba absorto sus cantos melancólicos, que me recordaban que el canto natural del hombre es triste en todos los paises, aun cuando exprese la felicidad. Nuestro corazon es un instrumento incompleto, una lira falta de cuerdas, en que nos es forzoso producir los acentos de la alegría con los tonos destinados á los lamentos.

»Durante el dia me extraviaba en las espaciosas frondosidades, que terminaban en enmarañados bosques. ¡Cuán livianos motivos necesitaba para delirar! Una hoja seca que el viento arrebataba delante de mí; una cabaña cuyo humo se elevaba sobre las desnudas copas de los árboles; el musgo que se estremecia al soplo del Norte en el tronco de una encina; un peñasco distante; un estanque desierto en cuyas aguas murmuraba el abandonado junco. La campana solitaria que descollaba á lo lejos en el valle, atraia muchas veces mis miradas; muchas, seguia con la idea las aves de paso que volaban sobre mi cabeza, y al representarme las costas ignoradas y los remotos climas á donde se dirigian, hubiera querido volar sobre sus alas. Atormentábame un secreto instinto, pues conocia que yo era tambien un viajero, pero me parecia escuchar una voz del cielo que me decia: «¡Hombre! la época de tu emigracion no ha llegado aun: »espera que se levánte el viento de la muerte, y entonces desplegarás tu vuelo hácia esas regiones desconocidas que tu corazon ansía recorrer.»

«¡Levantaos pronto, anheladas tempestades, que debeis lanzar á René á los espacios de otra vida!»

«Y así diciendo, caminaba con acelerado paso y encendido rostro, mientras el viento silbaba en mi cabellera, sin sentir ni la lluvia ni las escarchas, abstraido, atormentado, y como poseido del demonio de mi corazon.

»Y cuando durante la noche el aquilon estremecia mi cabaña, y la lluvia se desgajaba á torrentes sobre mi inseguro techo; cuando á través de mi ventana veia la luna surcar las aglomeradas nubes, á la manera de la nave que hiende las inquietas olas, parecíame que la vida redoblaba en el fondo de mi corazon, y me sentia dotado del poder de crear nuevos mundos. ¡Ah! ¡Si me hubiera sido posible compartir con otro los trasportes que experimentaba! ¡Dios mio! ¡Si me hubieses dado una mujer segun mis deseos; si como á nuestro primer padre, me hubieses traido por la mano á una Eva, sacada de mí mismo.....! ¡Hermosura celestial! ¡yo me hubiera arrodillado á tus plantas; y tomándote luego en mis brazos, hubiera suplicado al Eterno que te concediese el resto de mi existencia!

»¡Ah! ¡Yo me hallaba enteramente aislado en la tierra! Una oculta languidez se apoderaba de mi cuerpo, y el tedio á la vida que me habia perseguido desde mi niñez, se reproducia con nueva fuerza; mi corazon cesó de suministrar pábulo á mi cabeza, y no tenia otra conciencia de mi ser que un profundo sentimiento de hastío.

»Durante algun tiempo luché con mi mal, pero con indiferencia y sin una firme resolucion de vencerlo, hasta que por último, no pudiendo encontrar un remedio á la extraña herida de mi corazon, que se hallaba en todas partes y en ninguna, resolví abandonar la vida.

»Sacerdote del Altísimo, que me escuchas, perdona á un desgraciado á quien el cielo habia casi privado de la razon. Yo estaba lleno de religion, y no obstante razonaba como un impío; mi corazon amaba á Dios, pero mi entendimiento le desconocia; mi conducta, mis discursos, mis sentimientos é ideas eran tan solo contradiccion, tinieblas y mentira. Pero, ¿sabe siempre el hombre con seguridad lo que quiere, y está siempre cierto de lo que piensa?

»Todo me huia á la vez: la amistad, el mundo y el retiro. Habia ensayado todo, y todo me habia sido igualmente fatal. Rechazado por la sociedad y abandonado de Amelia, cuando llegó á faltarme la soledad, ¿qué me quedaba? La soledad era la última tabla en que habia esperado salvarme, y la veia hundirse tambien en el abismo.

»Decidido á descargarme del peso de la vida, resolví emplear todo mi raciocinio en la perpetracion de este crímen. Y como nada me apresuraba, no señalé el momento de la partida, á fin de saborear detenidamente los últimos momentos de mi vida, y á ejemplo de un antiguo, recoger todas mis fuerzas, para sentir como se escapaba mi alma.

»Sin embargo, creí necesario tomar disposiciones relativas á mi fortuna, lo cual me obligó á escribir á Amelia. En la carta me abandoné á algunas quejas acerca de su olvido, y dejé sin duda traslucir la ternura que paulatinamente iba apoderándose de mi corazon. Creí, sin embargo, haber ocultado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en los pliegues de mi alma, lo adivinó fácilmente, pues la habian alarmado el singular lenguaje de mi carta y ciertas preguntas relativas á negocios, porque nunca me habia ocupado de ellos. Así, pues, en lugar de contestarme, vino á sorprenderme.

»Para apreciar debidamente cuál fue en lo sucesivo la amargura de mi dolor, y cuáles fueron mis primeros arrebatos al volver á ver á Amelia, debeis no olvidar que ella era la única persona á quien habia amado, y que todos mis sentimientos se refundian en ella con toda la dulzura de los recuerdos de mi niñez. Recibí, por consiguiente á Amelia con una especie de éxtasis de corazon: ¡hacia tanto tiempo que no habia encontrado un ser que me entendiese, y á quien descubrir mi alma!

»Amelia se arrojó en mis brazos, y me dijo: «¡Ingrato! ¡quieres morir, mientras tu hermana existe! »¡Desconfias de su corazon! No te expliques, ni te escuses, pues he adivinado todo, como si hubiese permanecido á tu lado. ¿Quieres engañarme, siendo así que he visto nacer tus primeros sentimientos? »¡Hé aquí tu desgraciado carácter, tus displicencias, tus injusticias! Jura, mientras te estrecho en mis brazos, que esta es la última vez que te entregarás á tus locuras; jura que jamás atentarás contra tus dias.»

«Al pronunciar estas afectuosas palabras, Amelia me miraba con compasion y ternura, y cubria de besos mi frente; parecia una madre, ó algo mas tierno aun. ¡Ah! Mi lacerado corazon volvió á abrirse á todas las alegrías, y á semejanza de un niño, solo pedia ser consolado; cedí, pues, al ascendiente de Amelia, que me exigió un juramento solemne; pronuncielo sin titubear, y sin sospechar siquiera que podia tornar á ser desgraciado.

»Mas de un mes tardamos en acostumbrarnos al placer de vernos reunidos. Cuando todas las mañanas, en lugar de hallarme solo, oia la voz de mi hermana, experimentaba un estremecimiento de alegría y felicidad, pues Amelia habia recibido de la naturaleza cierta cosa divina; su alma estaba dotada de las mismas gracias inocentes que su cuerpo; la dulzura de sus sentimientos era infinita; su carácter era bondadoso y un tanto melancólico, pudiendo decirse que su corazon, su pensamiento y su voz suspiraban de concierto: habia recibido del cielo la timidez y el amor de la mujer, y la pureza y la melodía del ángel.

»Habia sonado la hora en que debia expiar todas mis inconsecuencias. En mi delirio habia llegado á desear que me sobreviniese alguna desgracia, para tener á

(1) Luis XIV.

lo menos un objeto real de sufrimiento: ¡deseo espantoso, que Dios en su cólera ha escuchado sobradamente!

»¿Qué voy á revelaros, amigos mios? ¡Ved las lágrimas que brotan de mis ojos! ¡No há muchos dias, nadie hubiera conseguido arrancarme este secreto... Hoy, todo ha terminado!

»Quede, sin embargo, ¡oh ancianos! sepultada esta

RENE REFIERE SUS AVENTURAS AL PADRE SOUEL Y A CHACTAS.

historia en eterno silencio; no olvideis que os ha sido contada á la sombra del árbol del desierto.

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdia la tranquilidad y la salud que empezaba á restituirme. Enflaquecia, sus ojos se hundian, su paso era incierto, y trémula su voz. Un dia la sorprendí anegada en llanto á los piés de un crucifijo. El mundo, la soledad, mi ausencia, mi presencia, la noche, el

dia, todo en fin, la alarmaba igualmente. Espiraban en sus labios involuntarios suspiros; ya resistia sin cansancio una larga escursion, ya apenas acertaba á moverse; tomaba y abandonaba como al azar su labor; abria un libro y no podia leer; empezaba una frase y no la concluia; rompia de improviso en llanto, y se retiraba á orar.

»Esforceme en vano por sorprender su secreto,

CANTO DEL ULTIMO BARDO.

pues cuando le dirigia alguna pregunta, estrechándola en mis brazos, me respondia con triste sonrisa que era como yo, y que no sabia lo que la aquejaba.

»Así trascurrieron tres meses, y su estado empeoraba por momentos. Pareciame que la causa de sus lágrimas era una correspondencia misteriosa, porque se mostraba mas serena ó agitada, segun las cartas que recibia. Finalmente, habiendo transcurrido una mañana

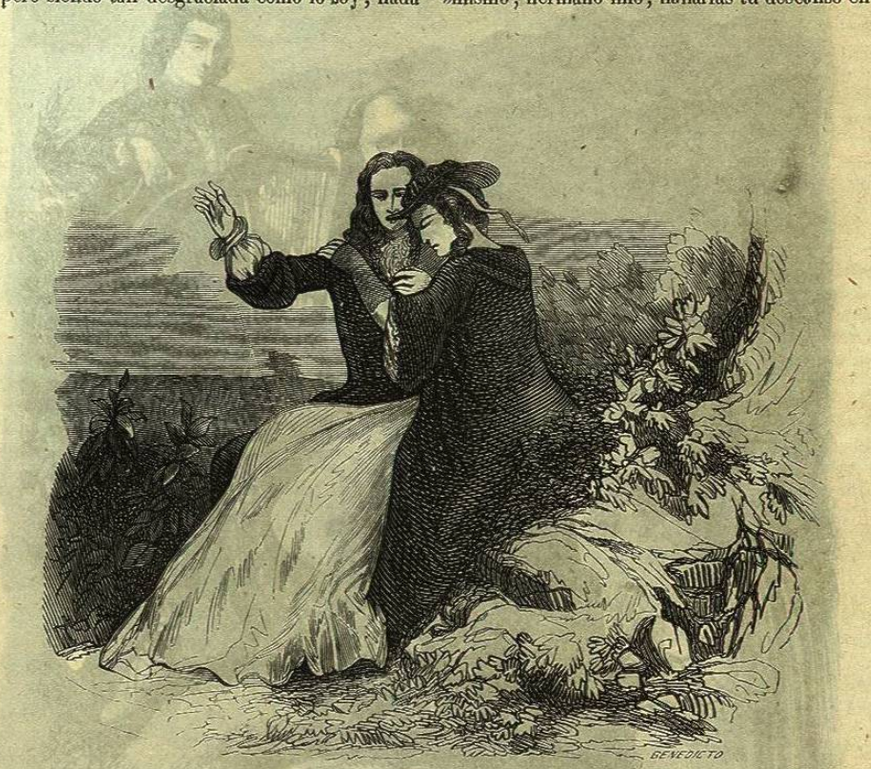
la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su aposento; llamé, pero nadie me respondió; entreabrí la puerta, pero á nadie encontré. Penetré absorto y ví sobre la chimenea un paquete á mi nombre; tomélo con mano trémula, abrílo, y leí esta carta, que conservo para alejar de mí en lo sucesivo todo movimiento de alegría:

A RENE.

«El cielo me es testigo, hermano mio, de que daria »mil veces mi vida para evitarte un momento de pe»sar; pero siendo tan desgraciada como lo soy, nada »puedo hacer por tu felicidad. Perdóname por haberme »ausentado de tu casa, cual una delincuente; sino »lo hubiera hecho así, no hubiese podido resistir á tus »ruegos, y no obstante, era indispensable partir... »¡Dios mio! ¡compadécete de mí!

»Ya sabes, René, que siempre he sido inclinada á »la vida religiosa; tiempo es ya de que ponga en obra »las sugestiones del cielo. ¿Por qué he tardado tanto? »Dios me ha castigado por mi tibieza. He permanecido »en el mundo por tí... Perdona la turbacion que me »causa la necesidad de alejarme de tu lado.

»Ahora conozco, hermano mio, cuán provechosos »son esos asilos contra los cuales te he oido declamar »muchas veces, pues hay desgracias que nos separan »para siempre de los hombres; sin ellos, ¿qué seria »de los infortunados..? Estoy persuadida de que tú »mismo, hermano mio, hallarias tu descanso en esos



RENÉ JURA Á SU HERMANA NO ATENTAR CONTRA SUS DIAS.

»albergues de la Religion, porque la tierra no ofrece »cosa alguna digna de tí.

»No te recordaré tu juramento, pues conozco la »fidelidad de tu palabra. Lo has jurado y vivirás por »mí. ¿Hay algo mas miserable que el pensar á todas »horas en arrancarse la vida? Para un hombre de tu »temple es harto fácil morir, pero cree á tu hermana: »es mucho mas difícil vivir.

»Abandona pronto, hermano mio, una soledad que »tanto te perjudica, y busca alguna ocupacion. Sé que »te ríes con amargura de la necesidad en que se está »en Francia, de *tomar un estado*. No desprecies tanto »la experiencia y la sabiduría de nuestros padres, pues »es preferible, mi querido René, asemejarse un po»co á la generalidad y ser algo menos desgraciado.

»Tal vez hallarias en el matrimonio un consuelo á »tu tedio, y una esposa y unos hijos que ocupasen »tus dias. ¿Y qué mujer no se esmeraria en hacerte »feliz? El fuego de tu alma, la bondad de tu carác»ter, tu aire noble y apasionado, tu mirada altiva y »tierna, te asegurarian su amor y su fidelidad. ¡Ah! »¡Con cuánta delicia no te estrecharia entre sus bra»zos y sobre su corazon! ¡Cómo se fijarian en tí todas »sus miradas y todos sus pensamientos, para adivinar »tus mas ligeras penas! Todo en ella seria amor é ino»cencia delante de tí, y tú creerias hallar en ella »una nueva hermana.

»Parto para el convento de.... Este monasterio, »construido á orillas del mar, se adapta bien á la situa»cion de mi alma. Durante la noche oiré desde mi »celda el murmullo de las olas que bañan las paredes »del convento, y recordaré nuestros antiguos paseos »en medio de los bosques, cuando nos parecia escu»char el estruendo de los mares en las agitadas copas »de los pinos. ¡Amable compañero de mi infancia! »¿Será que no torne á verte? Poco mayor que tú en »edad, te mecia en la cuna, y muchas veces hemos »dormido á la par. Ah! ¡Si nos reuniese un dia la mis»ma sepultura! ¡No! Yo debo dormir sola bajo los he»lados mármoles de este santuario, donde descansan »para siempre esas vírgenes que nunca amaron.

»No sé si podrás leer estas líneas, medio borradas »por mis lágrimas. Despues de todo, ¿no hubiera sido »forzoso separarnos un poco mas temprano ó mas tar»de? ¿A qué hablarte de la incertidumbre y del esca»so valor de la vida? No te habrás olvidado de la jóven »M.... que naufragó en la isla de Francia. Cuando re»cibiste su última carta, algunos meses despues de »su muerte, ni siquiera existian sus despojos morta»les, y al empezar en Francia su luto, se concluia en »las Indias. ¿Qué es, pues, el hombre, si tan presto »se desvanece su memoria? ¡Una parte de sus amigos »supo su muerte cuando la otra estaba ya consolada! »¿Querido, y demasiado querido René! ¿se borrará mi »recuerdo con la misma facilidad de tu corazon? ¡Oh »hermano mio! me he alejado de tí en el tiempo, para »no verme separada de tí en la eternidad.

«AMELIA.»

»P. D.—Incluyo el acta de donacion de todos mis «bienes, y espero no rehusarás esta pequeña muestra »de mi amistad.»

«Un rayo que hubiese caido á mis piés no me hubiera causado el espanto que esta carta. ¿Qué secreto me ocultaba Amelia? ¿Quién la obligaba á abrazar tan súbitamente la vida religiosa? ¿No me habia rescatado á la existencia, merced á los encantos de la amistad, sino para abandonarme de improviso? Oh! ¿Por qué habia venido á disuadirme de mi proyecto? Un movimiento de compasion la habia obligado á correr en mi busca; pero cansada en breve de un penoso deber, se apresuró á abandonar á un desgraciado, sin mas apoyo que el suyo. Créese haber hecho todo lo posible cuando se ha evitado que un hombre muera. Tales eran mis quejas; pero volviendo luego en mí mismo, decia: «¡Ingrata Amelia! si tú hubieras ocupado mi lugar; si á semejanza mia, te hubieras perdido en el vacio de tus dias, ah! no te hubieses visto abandonada de tu hermano.»

«No obstante, al leer una y otra vez la carta, descubria en su contenido cierto sello de tristeza y de ternura que desgarraban mi corazon. Súbitamente me asaltó una idea que despertó en mí una esperanza: dime á pensar que Amelia habia concebido tal vez por algun hombre una pasion que no se atrevia á declararme. Esta sospecha me explicaba su melancolía, su misteriosa correspondencia y el apasionado estilo de su carta. Escribíle, pues, sin demora, suplicándola me abriese su corazon.

»No tardó en contestarme, pero sin descubrirme su secreto, participándome únicamente que habia conseguido la dispensa del noviciado, y que iba á pronunciar sus votos.

»Mucho me irritaron la obstinacion de Amelia, el misterio que encerraban sus palabras, y su escasa confianza en mí.

»Despues de haber titubeado un momento acerca del partido que debia adoptar, resolví trasladarme á B.... para hacer el último esfuerzo cerca de mi hermana. Al efecto érame preciso atravesar el país en que habia visto huir mis primeros años; por lo que, cuando descubrí los bosques testigos de mis únicos momentos de felicidad, ni pude reprimir mi llanto, ni resistir la tentacion de despedirme de ellos por la postrera vez.

»Mi hermano habia vendido la herencia paterna, y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga alameda de abetos, atravesé á pié los desiertos patios, y me detuve á mirar las ventanas, cerradas ó medio rotas, los cardos que crecian al pié de las paredes, las hojas hacinadas en el dintel de las puertas, y aquel pórtico solitario donde tantas veces habia visto á mi padre rodeado de sus fieles servidores. Los escalones estaban cubiertos de musgo, y los alelíes amarillos brotaban entre las rotas é inseguras piedras. Un conserje desconocido me abrió bruscamente las puertas, y al ver que vacilaba al salvar el umbral exclamó: «Bah! ¿Hareis lo que la extranjera »que vino aquí pocos dias há, y que al ir á entrar se »desmayó, siéndome forzoso llevarla á su coche?» Fácil me fue reconocer *la extranjera* que, como yo, habia ido á pedir á aquellos lugares, lágrimas y reminiscencias.

»Cubriendo un momento mis ojos, entré en el desierto hogar de mis antepasados, y recorrí los aposentos cuyos ecos repetian el rumor de mis pasos. La escasa luz que penetraba á través de los entreabiertos postigos, alumbraba apenas las habitaciones; visité la alcoba en que mi madre perdiera la vida al comunicármela; el aposento donde se retiraba mi padre, el en que yo habia dormido en la cuna, y en fin, aquel donde la amistad habia recibido mis primeros votos en el seno de una hermana. Todas las salas estaban desnudas de sus tapices, y las arañas tejian su tela en los abandonados salones. Salí presuroso de aquellos lugares, y me alejé sin atreverme á volver la cabeza. ¡Cuán dulces, empero cuán rápidos son los momentos que los hermanos y las hermanas pasan en sus años juveniles reunidos á la sombra de las alas de sus ancianos padres! La familia del hombre vive un dia, pues el soplo de Dios la dispersa como el humo; el hijo conoce apenas al padre, este al hijo, el hermano á la hermana, esta al hermano. La encina ve germinar en su derredor sus bellotas: ¿sucede así con los hijos de los hombres?

»Al llegar á B..., me hice acompañar al convento, y pidiendo hablar á mi hermana, supe que á nadie recibia. Escribíle, y me respondió que, próxima á consagrarse á Dios, no le era lícito dedicar un solo pensamiento al mundo; y que, si la amaba, evitase abrumarla con mi dolor. Y añadia: «No obstante, si »quieres presentarte en el altar el dia de mi profesion, »dígnate servirme de padre; este papel es el único dig»no de tu valor, el único que conviene á nuestra »amistad y á mi reposo.»

«Esta glacial firmeza, tan en oposicion con el calor de mi amistad, me entregó á violentos arrebatos. Unas veces me sentia tentado á alejarme; otras me proponia quedarme, sin otro objeto que el de turbar el sacrificio, pues el infierno me sujeria la idea de matarme á puñaladas en la iglesia, para mezclar mis últimos suspiros á los votos que me arrebataban mi hermana. La superiora del convento me hizo avisar que se habia preparado un banco en el santuario, y me invitaba á concurrir á la ceremonia, que debia celebrarse al dia siguiente.

»Al amanecer, oí el primer tañido de las campanas, y á las diez me arrastré en una especie de agonía, al convento. Nada hay mas trágico que presenciar semejante espectáculo; nada mas doloroso que sobrevivir á él.

»Un gentío inmenso henchia la iglesia, y fui conducido al banco del santuario; al llegar á él caí de rodillas, casi sin saber donde me hallaba ni cual era mi